

# Construir la paz

La primera víctima de toda guerra es la verdad. Grande es la tentación que lleva a simplificar indebidamente la realidad para justificar decisiones y acciones ilegítimas. Grande es la tentación de erigirse en suprema autoridad moral o de buscar chivos expiatorios sobre los que descargar culpas; y no es menor la más vulgar de las tentaciones, la de la guerra santa y la cruzada, la que nos hace creer en una "guerra religiosa".

Aun cuando hay quienes están interesados en que lo creamos, este conflicto no es ni una guerra de religiones, ni una confrontación de civilizaciones. "A Dios nadie lo ha visto nunca" (I Jn 4, 12) y por eso, históricamente, ha sido vulnerable a la manipulación interesada. La tradición bíblica rechaza todo intento de representación de Dios, porque terminan siendo ídolos que exigen sacrificios humanos. Los creyentes –los de Yahvé, los de Alá o los del Padre de Jesús–, saben que ni la imagen, ni el nombre de Dios, son armas que se pueden empuñar contra nadie. Dios no es un arma arrojadiza. Delante de Dios, los creyentes están desarmados.

Cuando algunos se refieren al Islam como expansionista y guerrero parece que no conocen el Corán y la controversial hermenéutica de la "guerra santa". La "jihad" es, ante todo, el combate interior de la purificación espiritual del hombre. Si alguna vez en el pasado el Islam invocó la "jihad" en términos de conquista militar, con el propósito de defenderse e imponerse sobre adversarios, nunca fue considerada como un bien, ni fue equiparada a los actos de piedad con los que el musulmán da testimonio de su fe; fue predicada como una obligación colectiva –nunca individual, como acción de francotiradores–, y quedó netamente circunscrita a un momento histórico. No hay que maravillarse ni dudar: el Judaísmo, el Islam y el Cristianismo,

son religiones monoteístas que reconocen al Dios misericordioso y afirman la fraternidad interhumana.

La cruda brutalidad del atentado terrorista, que sin atenuantes condenamos, no sólo ha provocado la respuesta militar que debe finalizar pronto, sino que al tiempo dificulta una visión matizada.

El legítimo relativismo cultural, por el que reconocemos y respetamos la diversidad de usos y costumbres entre los pueblos, no equivale a relativismo ético. Los valores éticos reclaman universalidad. Es en nombre de la dignidad de la persona humana –que no necesita justificación y no está sujeta a relativismos– que condenamos incondicionalmente el terrorismo. Y si hoy, en occidente se exige el reconocimiento y el respeto de las diversidades culturales, y la inalienabilidad de toda persona humana, es porque –a pesar de todas las lacras y con todas ellas delante– se ha recorrido un doloroso camino de la mano de la razón y de la libertad como atributos primordiales de toda persona humana, independientemente del pueblo, cultura, sexo, religión o condición a que pertenezca. Por esto, a pesar de la dificultad y delicadeza de su formulación, una dimensión del conflicto presente está no sólo en la asimetría tecnológica, sino más allá, en la asimetría valorativa que supone la afirmación de la razón y la libertad ante el desconocimiento o reserva frente a éstos, los valores de la modernidad.

La cultura occidental ha demostrado su capacidad para poner al descubierto sus propias miserias y contradicciones; muestra de ello son las múltiples diferencias que genera el debate en curso sobre la globalización: un debate que busca situar los intereses colectivos –la razón más universal– por encima de los egoísmos particulares; que el proceso permita a diver-

# desde la libertad y la razón

Los pueblos y culturas alcanzar cuotas de globalización positiva, abrir la representación de la diversidad de actores de la sociedad y evitar los riesgos y las injusticias de una globalización perversa.

Supuesto todo lo anterior, una tarea importante, en este sentido, es la superación de particularismos sectarios para construir la universalidad. Por ello, un actor fundamental en este conflicto es la opinión pública, fortalecida por la proliferación de voces que opinan, disienten y critican aquello que enfrenta la parcialidad con universalidad, entendida no como la elevación de una particularidad a paradigma, sino como el espacio abierto a las diferencias, pero compartido en el diálogo mutuo. Hay demasiadas voces que señalan las equivocaciones del énfasis en los intereses materiales y egoístas por encima de los intereses compartidos. Demasiadas voces reclaman las consecuencias de las decisiones a puertas cerradas, en los círculos de Wall Street o en la City de Londres, las cuales afectan al mundo entero. Como líder de la globalización, ahora le toca a Estados Unidos reconocer que con la globalización viene la interdependencia, y con ella, la necesidad de asumir decisiones colectivas, precisamente las que nos afectan a todos y en las que todos tenemos una palabra que pronunciar y el derecho a que se nos escuche. La guerra es de todos porque todos somos vulnerables.

## Perversidad del terrorismo

El terrorismo, con sus notas de anonimato, de violencia cruda y desproporcionada, de humillación de colectividades enteras –ya sabemos que es posible doblegar, poner de rodillas sin defensa a la humanidad–, genera una perspectiva de vulnerabilidad absoluta. El terrorismo no necesita extensión ni apoyo mayoritario, pues sus

golpes son puntuales, y su pretensión es desmoralizar. No hay sobre la tierra ninguna causa que justifique poner de rodillas a la colectividad. El terrorismo es enemigo de los pueblos del tercer mundo, estigmatiza las culturas y excluye el pluralismo. Nos referimos tanto al terrorismo de Estado (nazismo o estalinismo), así como el de grupos que aspiran al poder por esta vía antidemocrática e inhumana.

## Prioridades y reglas de juego

Gracias a los medios de comunicación social, el mundo entero fue testigo directo de los acontecimientos. Esos mismos medios de comunicación llevan día a día a los pueblos pobres de la tierra, que viven con menos de un dólar al día, el espectáculo esplendoroso del bienestar. Las comparaciones entre las sociedades del bienestar y las carencias absolutas de los pueblos pobres son reales, y el sentimiento de privación relativa se acrecienta. En semejante drama no faltará quien pretenda convertir a la religión en un arma arrojadiza o al terrorismo en el premio a la desesperación.

Se impone un cambio de reglas de juego, occidente tiene que impulsar con base en sus valores de libertad, pluralismo y racionalidad, el surgimiento de instituciones globales que permitan el encuentro y el diálogo de la diversidad y la posibilidad de convivencia.

La unilateralidad es obsoleta. El conflicto ha exigido la congelación de fondos sospechosos de financiar el terrorismo. Sin embargo, no olvidemos que el Secretario del Tesoro de EEUU rechazó hace poco el acuerdo con la OCDE sobre el lavado de dinero, protegiendo intereses financieros. Mientras se exigía transparencia en los mercados emergentes, se unían fuerzas para proteger a los bancos offshore y resguardar fondos. Es esta

hipocresía la que ha sido puesta en evidencia y la que obliga a cambiar las reglas de juego. La que obliga a querer y aspirar un Estado de Derecho universal, porque todos somos iguales en nombre de la dignidad humana, de la razón y de la libertad.

La interdependencia de nuestra supervivencia lleva a replantear las posibilidades de la libertad, el desarrollo y la democracia. Los países ricos, libre y voluntariamente tendrán que sacrificar una cuota de bienestar para hacer viable el desarrollo de la democracia de los pueblos. Entendámonos, un mundo de paz cuesta dinero y especialmente a los más afectados que son los países desarrollados.

América Latina ha hecho sacrificios y seguido los dictámenes del Protocolo de Washington. Después de una década, por mucho que nos esforcemos, con las actuales reglas del juego no alcanzamos a despegar con autonomía.

El mundo moderno, desarrollado y rico, ha de renunciar a las pretensiones hegemónicas, si entre todos queremos construir la paz sustentada en lo que tanto predicamos; esto es el reconocimiento de la equidad como valoración de la dignidad de la persona humana.

Si hablamos de un largo camino para la construcción de la paz, reconocemos la fuerza del diálogo como la plataforma que nos da la libertad y la razón. Ojalá aprendamos esta lección que la crudeza de los hechos nos ha puesto en evidencia.

---

## Editorial